

Viktor Frankl

Logoterapia y análisis existencial

Textos de seis décadas

Herder

Títulos originales: Logotherapie und Existenzanalyse

Traducción: José A. de Prado, Roland Wenzel, Isidro Arias, Roberto H. Bernet

Diseño de la cubierta: Gabriel Nunes

© 2017, Beltz, en Verlagsgruppe Beltz, Weinheim

© 2018, Herederos de Viktor Frankl

© 2018 Herder Editorial, S.L., Barcelona

2.ª edición, 3.ª impresión, 2021

ISBN: 978-84-254-4199-8

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Qpprint

Depósito legal: B- 22.290-2018

Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN	9
PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN	27

PRIMERA PARTE TEXTOS DE SEIS DÉCADAS

I. Problemática intelectual de la psicoterapia	39
II. Autorreflexión psiquiátrica	59
III. Filosofía y psicoterapia	67
IV. Sobre la ayuda de los fármacos en la psicoterapia de las neurosis	79
V. Psicología y psiquiatría del campo de concentración	93
VI. Rudolf allers como filósofo y psiquiatra	133
VII. ¿Psicologización o humanización de la medicina?	147

VIII.	El encuentro de la psicología individual con la logoterapia	169
IX.	Hambre de pan y hambre de sentido	189
X.	El hombre en busca del sentido último	197
XI.	In memoriam 1938	223
XII	Observaciones sobre la patología del espíritu del tiempo	229

SEGUNDA PARTE
ELEMENTOS DEL ANÁLISIS EXISTENCIAL
Y DE LA LOGOTERAPIA

I.	Análisis existencial como explicación de la existencia personal	250
II.	Análisis existencial como terapia de neurosis colectivas	320
III.	Logoterapia como «cura de almas» médica	331
IV.	Logoterapia como terapia específica de neurosis noógenas	362
v.	Logoterapia como terapia no específica	372
ÍNDICE DE LAS FUENTES (POR CAPÍTULO)		411
OTRAS OBRAS DE VIKTOR FRANKL		413

QUIEN TIENE UN PORQUÉ PARA VIVIR
SOPORTA CASI CUALQUIER CÓMO

PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN

*Yo no soy solamente médico especialista en dos disciplinas, sino también superviviente de cuatro campos de concentración, y, por esa razón, tengo también conocimiento acerca de la libertad que tiene el hombre para elevarse por sobre toda su condicionalidad, para oponer resistencia incluso a los condicionamientos y a las circunstancias más terribles y duras en virtud de lo que suelo denominar el poder de obstinación del espíritu.*¹

Cuando Viktor Frankl escribió estas líneas, poco después de su liberación del campo de concentración, nadie hablaba todavía de «resiliencia». Este concepto llegó a constituirse como una categoría permanente del discurso médico solo a fines de la década de 1970, con el extenso estudio longitudinal de Emmy Werner titulado «Die Kinder von Kauai».

1. V.E. Frankl, *Ärztliche Seelsorge. Grundlagen der Logotherapie und Existenzanalyse. Und Vorarbeiten zu einer sinnorientierten Psychotherapie*, en *Gesammelte Werke*, vol. 5, Viena, 1993, p. 347.

Werner, psicóloga evolutiva estadounidense, había observado durante un período de cuarenta años a 698 niños nacidos en la mencionada isla del archipiélago de Hawái en 1955 y que habían crecido todos en circunstancias difíciles. Un tercio de ellos llegaron a gozar de estabilidad psíquica y a ser adultos exitosos a pesar de la pobreza, la desocupación o el alcoholismo con el que habían convivido en su casa paterna. Observando con más detalle el grupo, Werner se encontró con una serie de «factores de resiliencia», ante todo el vínculo seguro a una persona de referencia constante, pero también humor, disposición para aceptar ayuda y diferentes formas de espiritualidad.

Con la llegada de la psicología positiva, la investigación sobre la resiliencia ahondó en el estudio de estos y otros factores como momentos determinantes y reconoció pronto que estos deben tenerse en cuenta no solamente para la superación de circunstancias de vida difíciles, sino también, en general, como pautas para una vida lograda. Por eso, desde hace un tiempo se registra en la literatura psicológica tanto científica como popular un verdadero auge del concepto de resiliencia.

En esta literatura se hace frecuente referencia a Viktor Frankl —a su obra tanto como a su biografía, en especial con vistas a su supervivencia y al modo en que abordó sus experiencias como prisionero en cuatro campos de concentración durante la dictadura de Hitler—. Algunos autores llegan a describir a Frankl como uno de los pioneros de la investigación sobre la resiliencia, a pesar de que, en realidad, la palabra «resiliencia» no aparece ni una sola vez en la vasta obra de Frankl.

Esta ausencia es digna de mención ya por el solo hecho de que Frankl participó de forma muy activa y con mucho interés hasta su muerte, en 1997, en el discurso científico de actualidad de la psiquiatría, la psicoterapia y la psicología y entró una y otra vez en un diálogo crítico con nuevas tendencias y temas de investigación dentro de las ciencias de la conducta. Por este motivo es improbable que, en especial en el marco de su actividad docente en las universidades de Harvard, Dallas, Duquesne y San Diego, no haya entrado en contacto con el concepto y enfoque de la resiliencia.

Retrospectivamente no es posible reconstruir con seguridad las razones por las cuales Frankl no retomó nunca el concepto, dejándoselo a otros, a pesar de que, con el «poder de obstinación del espíritu», expuso un concepto *prima facie* semejante, que resuena también en la cita de Nietzsche que aparece reiteradamente en diversos textos de Viktor Frankl: «Quien tiene un porqué para vivir soporta casi cualquier cómo».² Aunque Frankl transforma el «soportar» pasivo de Nietzsche en el activo «poder de obstinación del espíritu»:

Si uno se convertía en un detenido típico o si incluso en esta situación forzada, en esta situación límite, uno seguía siendo hombre. De esta decisión se trataba en cada caso. [...] Si todavía hubiera necesitado una prueba de que el poder de obstinación del espíritu es una realidad, el campo de concentración era el *experimentum crucis*.³

2. Cf. *infra*, pp. 123, 232 y 330.

3. Cf. *infra*, p. 112.

¿Qué relación guardan entre sí la resiliencia y el «poder de obstinación del espíritu»? En lo que sigue se habrán de esbozar los contornos del concepto de resiliencia y los del trabajo de Frankl sobre la cuestión de la posibilidad de superar psíquicamente sano un sufrimiento irremediable a fin de mencionar las coincidencias y diferencias entre ambos enfoques.

¿Resiliencia avant la lettre?

Ahora bien, para entrar en un diálogo semejante entre la investigación sobre la resiliencia y la tradición investigativa fundada por Frankl hay que aclarar primeramente un malentendido histórico, sobre todo porque una elucidación racional de ese error allana también el camino hacia un tratamiento más informado sobre la relación entre la logoterapia de Frankl y la resiliencia. Se lee a veces que la propia supervivencia de Frankl a sus tres años de prisión en los campos de concentración de Theresienstadt, Auschwitz, Kaufering y Türkheim se debe a su resiliencia (o poder de obstinación),⁴ y que ese hecho es hasta un ejemplo clásico de los efectos del comportamiento resiliente —con lo cual se obtiene más conocimiento sobre la falta de realismo histórico y existencial que sobre la resiliencia o sobre el «poder de obstinación del espíritu».

En efecto, la cosa no es tan simple, por desgracia. El sufrimiento, la enfermedad, la injusticia y la muerte no se de-

4. Por ejemplo, en D. Murlane, *Resilienz. Die unentdeckte Fähigkeit der wirklich Erfolgreichen*, Gotinga, 2012, pp. 29ss.

jan engañar tan fácilmente ni someter a la factibilidad del hombre como si, por ejemplo, la mera actitud «correcta» o determinados factores de resiliencia pudiesen hacer posible de forma segura la superación de situaciones dolorosas (y, a la inversa, como si a quienes no sobreviven y superan dichas situaciones se les pudiese imputar una corresponsabilidad por su destino). El mismo Frankl enfatiza bastante a menudo en sus discursos conmemorativos que precisamente «los mejores» no sobrevivieron al Holocausto, y que la supervivencia en sí misma se debía con frecuencia a poco más que la mera casualidad o una gracia inmerecida:

Pues los supervivientes sabíamos perfectamente que los mejores que habían estado con nosotros no salieron de allí: ¡fueron los mejores los que no regresaron! De ese modo, no podíamos sentir nuestra supervivencia sino como una gracia inmerecida.⁵

Antes bien, Frankl enfatizó el papel del albur de morir y la gracia de sobrevivir, así como el nefasto papel de un sistema político que dejó que las cosas llegaran al punto de que la mera casualidad, por ejemplo, en la forma del momentáneo estado de ánimo de los supervisores y comandantes del campo, pudiesen determinar sobre el ser o no ser de los internos. Así pues, en ese sentido —y no solamente con relación al sufrimiento histórica y biográficamente único del Holocausto—, Frankl se sentía demasiado comprometido

5. V.E. Frankl, *Psychologie des Konzentrationslagers. Synchronisation in Birkenwald. Und ausgewählte Texte 1945-1993*, en *Gesammelte Werke*, vol. 2, Viena, 2006, p. 185.

con una valoración realista del sufrimiento humano como para que pudiese agregar al sufrimiento otro fin o concepto que no fuese lo que el sufrimiento es, mal que nos pese: algo doloroso y que, en cuanto tal, no puede trivializarse intelectual o eufemísticamente con nada.

Por eso los intentos de reinterpretar de esa manera el sufrimiento le resultaban sospechosos —como deberían resultarles a todas las profesiones asistenciales—. Y ello por dos motivos: primero, porque no hacen justicia ni a la seriedad de la situación concreta ni a la proporcionalidad del sufrimiento con respecto a la situación; y segundo, porque corren el peligro de subestimar el carácter absoluto del sufrimiento mismo y, de ese modo, dejan de colocarse precisamente en la actitud mental a partir de la cual se puede reconocer el sufrimiento, afrontarlo con honestidad y, tal vez, también superarlo.

A pesar de todo, decir sí a la vida

Lo que a Frankl le importaba ante todo no era tanto la superación del sufrimiento concreto sino más bien una cuestión mucho más fundamental y absoluta que había que aclarar con anterioridad: si una vida que tarde o temprano se ve alcanzada por la trágica tríada de sufrimiento, culpabilidad y muerte —y, diciendo esto, se está hablando de toda vida humana— puede tener todavía sentido y merecer vivirse, absolutamente hablando. La reflexión de Frankl sobre esta pregunta se expresa en un pasaje clave de una de sus primeras conferencias tras la liberación del campo de concentración. En él formula al mismo tiempo uno de los

motivos centrales de su obra de vida, de la logoterapia y el análisis existencial:

Señoras y señores, no creo cometer un error si en este punto asumo un lenguaje más personal. Antes bien, creo que, de alguna manera, se lo debo a ustedes a fin de facilitar su comprensión de aquello que quisiera exponerles. Pues bien: en el campo de concentración había muchos problemas, y problemas difíciles; pero, para los prisioneros, el problema rezaba, en última instancia: «¿Sobreviviremos? Pues solo entonces tendría sentido nuestro sufrimiento». Sin embargo, para mí el problema rezaba de forma diferente: mi problema era justo lo contrario: «¿Tiene sentido el sufrir, el morir?»

Pues solo entonces podría tener sentido sobrevivir. Con otras palabras, solo una vida con sentido —una vida que tenga sentido en cualquier caso— me parecía digna de ser vivida. Por el contrario, una vida cuyo sentido estuviese a merced del más crudo albur —a saber, del albur de si se sale o no con vida—, una vida así, con un sentido tan cuestionable, tenía que parecerme realmente indigna de vivirse incluso si uno sobreviviera...⁶

De modo que cuando Frankl retorna una y otra vez en su vasta obra al tema de la superación del sufrimiento, lo hace, ciertamente, para abordar la pregunta del modo en que se puede permanecer psíquicamente sano incluso en el sufrimiento, pero no solamente ni en primer lugar por ello.

6. V.E. Frankl, *Psychologie des Konzentrationslagers. Synchronisation in Birkenwald. Und ausgewählte Texte 1945-1993*, en *Gesammelte Werke*, vol. 2, Viena, 2006, p. 195.

Había que aclarar, ante todo, si la vida misma puede, en general, tener sentido, también cuando y a pesar de que, a veces, se ve ensombrecida por el sufrimiento. De ese modo Frankl coloca el sufrimiento en el contexto de la cuestión del sentido de la existencia en general: ¿se puede, a pesar de todo, decir sí a la vida?

Según Frankl, solo en la medida en que la vida tenga sentido a pesar del sufrimiento y en la medida en que, a veces, se pueda incluso alcanzar a ver un sentido también en situaciones dolorosas valdría la pena, en general, asumir las fatigas de la lucha por y con la vida ante la cual puede colocarnos el sufrimiento —siempre presuponiendo, desde luego, que se trate de un sufrimiento irremediable—. Pues, por el contrario, si fuese remediable, la invitación al sentido que hace ese momento estriba de manera patente no en soportar, sino en actuar para quitar ese sufrimiento o, por lo menos, mitigarlo.

El elemento decisivo del tratamiento que hace Frankl del sufrimiento es el realismo. Por ese motivo, los textos de seis décadas reunidos en este volumen muestran que la mirada de Frankl hacia el hombre que sufre se diferencia de numerosos modelos de superación del sufrimiento actuales en aquel entonces, incluido el de la resiliencia, en el hecho de que no considera el sufrimiento como un caso especial de la vivencia humana, sino como un elemento normal de la existencia humana. Pues no hay existencia que se vea exenta de sufrimiento y culpa, y cada una es confrontada con el problema de la caducidad de las cosas y de la propia mortalidad. Frankl apela, pues, al realismo de las profesiones asistenciales cuando incorpora la capacidad de sufrir del ser humano en

el inventario de la madurez psíquica y espiritual del mismo modo que hace con la capacidad de amar y de trabajar. Se trata, en última instancia, de la capacidad de vivir, porque el sufrimiento, al igual que la alegría, forma parte de la vida.

Sentido en el sufrimiento y a pesar del sufrimiento

A menudo y —presumiblemente— con razón, se dice de Viktor Frankl que pinta un cuadro extremadamente optimista y positivo del hombre y del mundo. Por eso podrá parecer a primera vista paradójico que la capacidad de sufrir y la superación del sufrimiento ocupen tanto espacio en su obra. Seguramente ese hecho debe entenderse también, por un lado, en clave histórica y biográfica. Una psiquiatría y psicología europea del siglo pasado que fuese seria, si se sentía obligada a un mínimo de realismo, no podía ni quería darse el lujo de pasar simplemente de largo junto a las rupturas de la civilización de Auschwitz y de Hiroshima y volver, como si nada hubiese pasado, a una vida cotidiana sin preocupaciones. Por otro lado, fácilmente puede verse que la cuestión del sentido se plantea en especial en el sufrimiento, cuando se cierran espacios de libertad y los hombres corren el peligro de dudar o desesperar de la vida en su conjunto.

La aportación de la logoterapia a esta problemática estriba en un realismo incondicional. Y eso significa, por una parte, no reprimir el sufrimiento de la imagen de conjunto de la vida, pero, por la otra, no olvidar ni perder de vista tampoco el bien que queda en el sufrimiento y dirigir la mirada hacia los espacios de libertad que aún quedan o a los nuevos que se abren y buscar en ellos posibilidades de sentido escondidas.

El consuelo que traen la logoterapia y el análisis existencial al hombre que sufre consiste también en que se le asegura que su vida ha tenido siempre sentido y puede seguir teniéndolo todavía, también en medio del sufrimiento. Además, dicho consuelo se funda en la observación clínica de que el sufrimiento no tiene que significar necesariamente desesperación, sino que, dado el caso, depara una multiplicidad mucho más amplia de reacciones, o sea, que el destino, independientemente de la valencia con la que nos salga al encuentro, puede ser todavía plasmado.

Frente a la visión centrada en el rendimiento que se asocia a veces a la actual recepción del concepto de resiliencia hay que proteger el modelo del «poder de obstinación del espíritu» en Frankl del malentendido de que su intención fuese conducir a la persona que sufre hacia el éxito, la fortaleza y la realización de sí misma en el sentido de los esfuerzos de optimización, muy presentes en la actualidad. Todo eso podrá darse —y, realmente, la investigación empírica sobre las posibilidades del hallazgo de sentido en el sufrimiento se aproxima abrumadoramente a un efecto semejante—. Pero cuando Frankl formuló sus ideas sobre el «poder de obstinación del espíritu» y sobre el descubrimiento del sentido en el sufrimiento estos efectos no estaban para nada en el centro de la cura de almas médica que él fundó.

A Frankl le importaba más bien presentarle al paciente una alternativa vivible al sufrimiento en una vida sin sentido, un sufrimiento que, agregado al de su enfermedad primaria, amenaza tan a menudo con quebrar al paciente cuando ve que su enfermedad le arrebatara los ámbitos de despliegue que le son familiares: es decir, buscar y hacer realidad todavía

espacios individuales de libertad para el sentido, pero no a raíz del sufrimiento ni en contra de él, sino a pesar de él.

La sanación requiere sentido

Viktor Frankl y la logoterapia no estuvieron por mucho tiempo solos con esta superestructura existencial y con el ofrecimiento de la cura de almas médica que de allí resultaba. Para ser exacto, no solamente no estaban solos, sino que se encontraban hasta en directa oposición respecto de modelos antitéticos de motivación mucho menos existencial, que querían desterrar toda la cuestión del sentido al reino de la patología. Viktor Frankl hablaba en este contexto de «patologismo»,⁷ o sea, del error acerca de las inquietudes humanas por no reconocerlas propiamente como signos de madurez humana, sino, por el contrario, malentenderlas como desviaciones psíquicas.

El más problemático es el patologismo, en el que se confunde con lo enfermo no solo lo humano, sino lo más humano que puede darse, a saber, la preocupación por realizar lo más posible el sentido de la existencia humana, en el que lo más humano es considerado como algo demasiado humano, como una debilidad, como un complejo. La exigencia del hombre de encontrar un sentido a la existencia, esta voluntad de sentido tiene tan poco que ver con un signo de enfermedad que incluso la movilizamos como un medio curativo.⁸

7. Cf. *infra*, pp. 326-328 y 363.

8. Íd., *Teoría y terapia de las neurosis. Iniciación a la logoterapia y al análisis existencial*, Herder, Barcelona 1992, p. 208 [traducción enmendada].

Previsiblemente, para la persona individual movilizada de manera especial por la pregunta por el sentido —o sea, la persona que en el sufrimiento se encuentra confrontada con preguntas existenciales—, la consecuencia de esta generalizada sospecha patologista es doblemente fatal. Por un lado, su vida se encuentra ensombrecida por el sufrimiento. Y, encima, ahora se le certifica que su sufrimiento por la presunta o real pérdida de sentido no es una inquietud existencial, sino, en realidad, nada más que una deformación psicológica. Así lo dice, por ejemplo, Sigmund Freud:

En el mismo momento en que se pregunta por el sentido y el valor de la vida se está enfermo, pues ni una cosa ni la otra existen de manera objetiva; solo se ha admitido que se tiene una reserva de libido insatisfecha y que alguna otra cosa tiene que haber ocurrido con ella, una suerte de fermentación, que conduce a la tristeza y a la depresión.⁹

Según Frankl, la más humana de todas las preguntas, la pregunta por el sentido, se declara de esta manera como signo de un déficit psíquico, con la consecuencia de transmitirle a uno que no solamente el mundo no está en orden, sino que también en nosotros mismos hay algo que no está en orden. Véase, por ejemplo, el intento de Kurt Eissler, descrito sobre la base de este modelo de sentido, de acompañar con su consejo a una paciente moribunda:

9. S. Freud, «Brief an Prinzessin Marie Bonaparte, 13.8.1937», en *Briefe 1873–1939*, Frankfurt del Meno, 1960, p. 429.

La paciente comparaba la plenitud de sentido de su vida anterior con el sinsentido de la fase actual. Pero consideraba que incluso ahora, en que ya no podía trabajar en su profesión y tenía que permanecer acostada durante muchas horas del día, su vida tenía sentido, porque su existencia era importante para sus hijos y ella misma tenía así una tarea que cumplir. Pero decía que, si alguna vez fuese ingresada en el hospital sin expectativas de regresar nunca a casa y ya no fuese más capaz de dejar el lecho, se transformaría en un amasijo de carne inservible en proceso de descomposición, y su vida perdería todo sentido. Estaba dispuesta a soportar todos los dolores mientras ello tuviese todavía sentido de alguna manera, pero, me preguntaba para qué querría yo condenarla a soportar sus sufrimientos en un tiempo en que su vida ya no tendría sentido alguno. A ello le respondí que, según mi modo de ver, ella cometía un craso error, pues su vida toda carecía de sentido, y había carecido de sentido desde siempre, aun antes de que ella enfermara. Le dije que los filósofos habían intentado todavía en vano encontrar un sentido de la vida, y que, por eso, la única diferencia entre su vida anterior y su vida actual era que, en su fase anterior, ella podía todavía creer en un sentido de la vida, mientras que, justamente, en la fase actual ya no era capaz de hacerlo. En realidad, le insistí, ambas fases de su vida carecían totalmente de sentido. Ante esa manifestación, la paciente reaccionó con desconcierto, alegó no entenderme del todo y rompió a llorar.¹⁰

10. K. Eissler, *The Psychiatrist and the Dying Patient*, Nueva York, 1955, pp. 190s (según la versión alemana de Edith Weißkopf-Joelson).

La logoterapia y el análisis existencial oponen a semejante nihilismo referencias y ayudas acerca del modo en que podemos enfrentar el mundo con esperanza y aceptar ese mismo mundo justamente en su imperfección. Pues esa imperfección nos dice que el mundo depende de nuestra esperanza, y el único que lleva esperanza al mundo es el ser humano. Si él la abandona, la esperanza desaparece sin más de la faz de la tierra, y ello con predecibles consecuencias no solamente para el mundo, sino también para la persona individual. Eso significaría, a su vez, que la esperanza y la aspiración del ser humano por el sentido no es un fallo psicológico, sino que se encuentra en su naturaleza, y que, con ello, reside ya en la naturaleza del mundo. Antes bien, el fallo psicológico se manifiesta en el abandono de la esperanza y del sentido, pues se trata del abandono de una característica central de la vivencia humana del yo y del mundo.

Junto a la extensa exposición de este enfoque en «Elementos del análisis existencial y de la logoterapia» (págs. 247-412), los textos de Frankl de seis décadas muestran las diferentes dimensiones de una psicología centrada en el sentido, comenzando por su temprana delimitación de la psicología orientada por el déficit («Autorreflexión psiquiátrica», págs. 59-66), pasando por «Psicología y psiquiatría del campo de concentración» (págs. 93-132), hasta llegar al análisis que hace Frankl de las crisis de sentido de la moderna sociedad de consumo («Observaciones sobre la patología del espíritu del tiempo», págs. 229-244).

La dignidad del hombre quebrado

Así pues, el camino hacia la fortaleza interior frente a circunstancias de vida difíciles no pasa solamente por el yo que se ha de fortalecer, sino también por el sentido que se ha de realizar. Por eso, ante al papel que se atribuye a veces a Frankl como pionero de la resiliencia hay que afirmar que, indudablemente, se constatan importantes coincidencias entre la resiliencia y el «poder de obstinación del espíritu», pero que el camino y la meta de la superación del dolor son en uno y otro caso diferentes.

Por ejemplo, el modelo de Frankl se distingue de la actual recepción de la resiliencia en el hecho de que, para su modelo, esta última no constituye propiamente el fin, sino que se considera como subproducto de una apertura incondicional para el sentido. Se distingue, además, porque este modelo confía en las fuerzas naturales de autocuración del ser humano con tal de que este haya llegado a ver una posibilidad de sentido incluso en el dolor irremediable y, con ello, se encuentre también en mejores condiciones para valorar el perfil individual de la persona en cuestión en la unicidad de su situación.

En contraste, en la investigación sobre la resiliencia aparece a veces el esfuerzo por aislar, a partir de observaciones individuales e investigaciones grupales, aquellos factores que, usualmente, ayudan a las personas a ser resilientes. En ello se pierde a menudo de vista que, en especial frente al sufrimiento y su superación, todo pensamiento en la categoría de lo «usualmente» útil se encuentra con una persona única e irrepetible en una situación también única —y, de

ese modo, también con sus límites—. Tan pronto como uno se encuentre confrontado con sufrimiento concreto se hace necesario orientar la propia vivencia, decisión, actuación y ayuda no solamente hacia hechos conocidos, sino también hacia posibilidades aún por descubrir, que aguardan a ser realizadas solo cuando se presente la situación precaria.

Se lo puede formular de manera aún más general: el modelo de Frankl intenta preservar la dignidad del ser humano quebrado frente al golpe asestado por el sufrimiento y activa de alguna manera como efecto colateral muchos de los factores que la investigación contemporánea ha descubierto y fijado como variables de la resiliencia.

También desde este punto de vista, un redescubrimiento de Frankl en el marco de la investigación sobre la resiliencia es algo que merece celebrarse y que abre a la investigación nuevas posibilidades a las que, en gran parte, se ha prestado demasiado poca atención. Por una parte, para el logoterapeuta es sumamente interesante que la psicología contemporánea sea llevada por caminos a veces totalmente distintos paso a paso hacia comprensiones formuladas anteriormente en un contexto social y de historia de las ideas diferente (aquí en particular a consecuencia del Holocausto y de los acontecimientos de Hiroshima y Nagasaki). Y para el psiquiatra, psicólogo y psicoterapeuta contemporáneos puede resultar igualmente interesante que los factores de protección tratados en el marco de la investigación sobre la resiliencia estén insertos también en el contexto de un modelo más amplio de psicología existencial, que ha demostrado su valía incluso frente a las rupturas de la civilización del siglo pasado, hasta hoy inconcebibles, y que, aparte de